

La estrategia de la crispación

El PP trata de reducir el voto ideológico y de generar un clima de hastío de los votantes de izquierda

ANTONIO PAPELL*
EL PERIODICO DE CATALUNYA, 26.05.07

La participación electoral no es, en España, ideológicamente neutra ni, por lo tanto, inocua en lo tocante a los resultados de las consultas. El estudio más clásico sobre esta cuestión es el publicado en el 2001 por la socióloga y profesora de la Universidad Complutense de Madrid **Belén Barreiro** sobre las elecciones del 2000 --está colgado en internet y se puede consultar--, que por primera vez pautó los factores determinantes de la participación en este país. De cualquier modo, conviene que la opinión pública abandone la creencia de que la abstención es siempre homogénea y afecta a todos por igual.

Muy resumidamente, el referido estudio acredita el efecto de la ideología en la participación: de entrada, quien declara tenerla es más participativo que el agnóstico, y la probabilidad de que el ciudadano prototípico vaya a votar sube 6,4 puntos si afirma ser de derecha o centroderecha (posiciones 6 y 7 en una escala del 1 al 10, en la que el 1 es la extrema izquierda y el 10 la extrema derecha). Dicho suplemento es solo de 3,8 puntos si el ciudadano es de centroizquierda y baja en una décima más si es de extrema izquierda. En cualquier caso, es conocido que este país está escorado a la izquierda: el eje de simetría está en el entorno del 4,5. Por comparación, es una cifra más a la izquierda que en Francia, donde los ciudadanos manifiestan encontrarse en el 5, o que en Alemania, con una media situada en el 5,5.

HAY TAMBIÉN otros factores que influyen en la participación. Son la edad --cuanto más joven es el elector, más probable es su abstención-- y el estado civil. En el tramo comprendido entre los 18 y 29 años, la probabilidad de que el elector se abstenga es del 18,6%; del 13% de quienes tienen entre 30 y 39 años. Y así hasta llegar a una participación máxima en los comicios del tramo comprendido entre los 60 y 69 años --el porcentaje de abstencionista es del 4,3%--, que se reduce levemente en edades superiores. Asimismo, por alguna

razón ignota, quienes viven en pareja tienen una probabilidad de ir a votar unos 10 puntos superior a la de los *singles*.

En definitiva, el perfil característico del ciudadano participativo es un individuo mayor, casado, con convicciones ideológicas generalmente de derechas; por el contrario, el abstencionista sería un individuo joven, soltero, con escasas creencias y tendencia izquierdista.

Aunque las anteriores descripciones componen poco más que una caricatura, ya que el análisis de la participación es mucho más complejo, tales datos empíricos, basados en estudios de sociología aplicada, unidos a la baja *volatilidad electoral* entre bloques ideológicos --es decir, a la alta rigidez de las posiciones de los electores-- que es característica de nuestro país, conducen a una conclusión práctica bien evidente: el problema de la derecha es la existencia de un electorado mayoritariamente progresista y la baja volatilidad del voto; el problema de la izquierda es el mayor abstencionismo de su clientela.

En las elecciones generales de marzo del 2004, singulares por varios motivos y especialmente analizadas por los sociólogos, estos han llegado a la conclusión mayoritaria de que el vuelco electoral ulterior al 11-M y a la mala gestión que hizo el Gobierno de **José María Aznar** de los atentados se debió, más que a la reconsideración del voto (cuyo efecto no pasaría del 20%), a la movilización selectiva del electorado socialista que en condiciones normales permanece en la abstención (el 80%).

Efectivamente, los propios datos sugieren esta explicación: el Partido Popular perdió apenas 700.000 votos y conservó un potente suelo de 9,6 millones de electores, en tanto que el PSOE logró atraer tres millones de nuevos votos, pasando de 7,9 millones de las elecciones generales del año 2000 a 10,9 millones en las del 2004.

Así las cosas, el Partido Popular, con una base electoral muy sólida y poco voluble, parece haberse anclado en la convicción de que la única oportunidad

que tiene de ganar elecciones consiste en desmovilizar al electorado de la izquierda, bastante más inestable si hay que juzgarlo por su comportamiento pasado.

Para conseguirlo, el PP desarrolla la estrategia de la crispación, que consiste en practicar una oposición de gran dureza, descalificatoria del adversario, centrada en temas abstractos pero sensibles, como la unidad de España o la lucha antiterrorista, que sí movilizan en cambio a los votantes propios, y sin incluir la oferta de soluciones alternativas a los problemas concretos. Se trata, en fin, de reducir el voto ideológico y de generar un clima de hastío. Así lo hizo **Aznar**, como jefe de la oposición, entre 1993 y 1996, y **Mariano Rajoy** ha tomado el testigo tras la derrota, inesperada para él, del 2004.

CADA CUAL es dueño de sus actos, y los ciudadanos somos también propietarios de nuestro derecho a participar o no en los procesos electorales. Aunque ha de ser bueno que sepamos las consecuencias de gestionar de un modo u otro ese derecho democrático y sagrado. Abstenerse puede ser una actitud consciente y legítima o, por el contrario, la consecuencia de haber caído en una trampa tendida aviesamente desde los laboratorios políticos del adversario.

* Periodista.